

Los siete sellos

Rocío Olmo Morales



Capítulo 1

PRÓLOGO

Si hubiésemos sabido lo que el futuro nos deparaba, podríamos habernos preparado para luchar contra lo inevitable. El peligro estaba frente a nuestros ojos y, sin embargo, vivíamos cegados por la seguridad de estar a salvo. Cuando quisimos darnos cuenta, ya era demasiado tarde y todo cuanto conocíamos iba a ser destruido.

Asuran siempre nos trató de advertir, pero sus esfuerzos fueron en vano. Nadie le escuchó, nadie le prestó la suficiente atención. Él era un chico con un poder en su interior inconcebible, tan inmenso que acabaría tragándosele por completo. Sabía que no podía controlar lo que crepitaba en sus venas, pero aun así trató con todas sus fuerzas de dominarlo. En su lucha encontró innumerable obstáculos, pero jamás se dio por vencido. Supo antes que nadie cuál era su lugar y por esta máxima se guió hasta que ya no pudo más y se abandonó a su destino.

Aquella era la envidia de Anwar, y el origen de todo el odio que albergaba hacia él. Pero su inquina no podía disimular ante mis ojos que todo cuanto le movía en el fondo era la compasión y la tristeza por saber mejor que nadie qué era lo que sucedía en la mente de Asuran. Yo observaba a Anwar y veía en él una fiereza incombustible, que muchos malinterpretaban por un gusto desmedido por la violencia. Era tan indómito e impredecible que se granjeaba con rapidez inusitada el rechazo de los demás, aunque todo cuando le moviese fuese su valeroso coraje y profundamente arraigado sentido del deber. De nosotros tres, Anwar era el que mejor encarnaba el espíritu de la Inquisición. Iba a defender hasta la muerte la ciudad y el miedo era desconocido para él.

Y yo, Arcadia, estaba en medio de una encrucijada, surcando los inhóspitos caminos en tierra de nadie. No tenía pasado ni tenía apellido. Era una extranjera que desconocía la ciudad que había jurado proteger, y aun así sentía en mi interior una conexión con la magia que imbuía los cimientos de la Sagrada Sede que me consternaba y asustaba como nunca antes experimenté con nada. Sabía que había encontrado mi camino después de años buscándolo, pero no tenía forma de prever qué es lo que me depararían las elecciones que había tomado. En un primer momento, aquel pensamiento me prodigó calma y ayudó a centrarme en mis responsabilidades. La ignorancia fue bienvenida para paliar el dolor que me atería las entrañas.

Años más tarde, maldije nuestra inocencia y la ceguera que nos había impedido anticiparnos a la tragedia. Hacer algo para protegernos de la oscuridad que nos rodeaba, imperecedera e imbatible, dispuesta a

despedazarnos en el momento oportuno.

Esa maldad siempre estribó en el corazón de los hombres, incluso en aquellos lugares que yo consideraba inalcanzables. Siempre estuvo ahí, observándonos, jugando con nosotros mientras nos daba falsas esperanzas de estar llegando hasta el final. Pero con mis fallos contribuí a empoderarla, con mis acciones ayudé a coronarla como dueña y señora de Terenias. Y para cuando traté de combatirla, era ya era tan poderosa que se había propagado como una enfermedad por todo el mundo conocido.

Por eso es mi deber contaros lo que ocurrió para evitar que vuelva a ocurrir. Para advertir a las generaciones venideras de lo que el hombre es capaz de hacer.

Porque esta es la historia de la caída en desgracia de toda una civilización.

CAPÍTULO 1

Finalmente la tenía frente a mis ojos. Y sería en todo su esplendor, con los espléndidos pináculos de la catedral en su centro, destellando tornasolados ante el sol de verano que alumbraba desde las alturas. Después del largo viaje, de las penurias y miserias soportadas, había llegado a mi destino. Las palabras de la anciana matriarca de la aldea resonaban en mi mente con más fuerza que nunca, maldiciéndome de por vida por el camino escogido.

Yo había aprendido a vivir en soledad en mis diecisiete años de vida. Hacía años que debía haber realizado el juramento de permanecer en la aldea, contribuyendo a su sustento, como se había esperado de mí desde un primer momento. Pero yo siempre supe que no empeñaría mi vida a los designios de Meera, y sé que ella también lo había sabido en su fuero interno. Tenía siete años cuando el ángel se me apareció, profetizando mi misión en esta vida. Una década más tarde, estaba a punto de comenzarla.

Aun con todo, la vida que rebosaba la ciudad me asombró y asustó a partes iguales. No estaba preparada para perderme en los entresijos de la capital y esto lo supe con certera claridad en cuanto puse un pie en sus calles. Los gritos, las risas y el apresurado paso de los transeúntes que llenaban como hormigas sus calles me sobrepasó, haciéndome dudar por un fugaz pero angustioso segundo si estaba haciendo lo correcto. Pregunté a decenas de ciudadanos el camino hacia la Sagrada Sede, y todos y cada uno de ellos me indicaron con dolorosa condescendencia por dónde debía ir. Estaba muy claro el pensamiento que surcaba sus mentes por el desprecio que leía en sus ojos cada vez que les interpeleaba: la suspicacia con que atendían a mi petición al observar mis ropajes, el marcado acento que indicaba mi procedencia o la evidente pobreza que yo

encarnaba. Ninguno de ellos hubiese pensado ni por un solo instante que yo pretendía alistarme en la Academia, y si valoraron aquella alocada idea, sorna fue todo cuanto recibí por su parte.

No dejé que aquello me distrajese. Pero a medida que me acercaba más y más a la catedral, mi cuerpo empezó a pesar y mis piernas se entumecieron por la adrenalina que corroía la sangre en mis venas, encendiéndola con la expectación y la necesidad, primitiva y animal, de ser aceptada entre sus muros. La Santa Inquisición aguardaba y yo portaba conmigo la prueba irrefutable de que estaba predestinada a pertenecer a sus filas. Recordaba aquel día como si hubiese sido ayer, todos sus detalles se me habían grabado a fuego en la mente y desde entonces nunca me habían abandonado. Era ese recuerdo mi principal anclaje cuando todo flaqueaba y se desmoronaba, amenazando con llevarme a un pozo del que no podría salir. Cuando todo cuanto podía sentir era tristeza y dolor, la silueta en llamas de la criatura celestial volvía a mis pensamientos y alumbraba con su amenazadora fiereza los rincones más helados de mi corazón. De no haber sido por éste, mis creencias habrían sido las mismas que las de Meera. Vivir por y para la aldea, cerrándose al mundo y todo cuanto la institución de la Santa Inquisición encarnaba. Para ellas eran peores que los diablos que batallábamos, humanos de corazón podrido que reinaban con mano tirana sobre los demás. Jamás habían visto un solo batallón a las puertas de la aldea, pero Meera no se cansaba de repetir que, en su juventud, había comprobado de primera mano las barbaridades que los inquisidores eran capaces de llevar a cabo. Pero cuando yo había querido indagar más sobre aquello, todo cuanto había recibido era silencio. Uno denso e insoportable que había contribuido a ennegrecer el halo de misterio en torno esa historia.

Ya era tarde para cavilar sobre aquello. Jamás volvería y el recuerdo de Meera, junto al resto de mi infancia, se diluiría entre los muros de la Academia. No concebir la inadmisión me había ayudado a llegar hasta allí sin vacilar, y no pensaba cambiar mi posición tan cerca del final. Mis pasos me estaban llevando a la misma entrada de la catedral y todo cuanto podía sentir y escuchar era el palpitar galopante de mi corazón.

Éste pegó un vuelco cuando al subir las escaleras vislumbré a los dos guardias apostados a sendos lados del portón principal, abierto de par en par. Altos como torres y de expresión fría, con la vista al frente y los hombros cuadrados en una postura de feroz e intimidante disciplina que me hizo enmudecer. Las armaduras cuidadosamente pulidas brillaban al sol, que arrancaba destellos plateados al enrevesado troquelado de su pechera. Las capas burdeos bellamente tejidas que cubrían sus hombros indicaban su rango de ejecutores, el principal cuerpo de infantería con que contaba la Inquisición. Pero eran sus escudos, casi tan altos como ellos, junto a las espadas que reposaban recogidas en su cinto, los que lograron que mis nervios se crispasen con la envidia y la admiración. Un fugaz

pensamiento cruzó mi mente en esos momentos cuando me descubrí escrutando fijamente la vaina de las armas, preguntándome cuántas veces habrían manchado su filo de sangre. Cuántos demonios habrían barrido de la faz de la tierra en su cruzada contra la blasfemia y la herejía.

Si dieron muestras de recaer en mi atento escrutinio, no reaccionaron en lo más mínimo. Con la boca repentinamente seca, entré al interior de la catedral y entrecerré los ojos para habituarme a la oscuridad incipiente. Aunque la luz del sol entraba a raudales desde el exterior y a través de los rosetones que coronaban las magníficas paredes de mármol, la nave principal del edificio era tan descomunal que la penumbra se extendía por los rincones, arrojando claroscuros que intensificaban la belleza de aquel lugar. Para alguien como yo, que no había conocido otra cosa en la vida más que la pobreza y la necesidad, aquella fue una visión equivalente a la visita del ángel, irreal y utópica, un auténtico milagro visual que me dejó fuera de combate durante los largos minutos que me detuve entre dos bancos para poder admirar por completo aquel lugar.

Las cúpulas del techo habían abarcado mi más completa atención cuando denoté el ruido a mis espaldas y volví en mí, girando sobre mis talones para descubrir la menuda figura del cura que me observaba en silencio. Su rostro, ajado por el paso del tiempo, estaba definido por los inteligentes y analíticos ojos con que me sentí atravesada, como si todos mis secretos no fueran tales para él, como si con una simple mirada, hubiese sabido todo de mí sin necesidad de que yo tuviese que presentarme o decir nada. Y él, como si también fuese perfectamente consciente de lo que estaba pensando, esbozó en esos momentos una sonrisa afable, asintiendo lentamente con la canosa cabeza, dando otro paso hacia mí para poder observarme con más atención.

—Se puede saber quién no ha visitado nunca antes nuestra sagrada catedral por la ensoñada expresión de sus ojos al contemplarla por primera vez —dijo con voz calma pero temblorosa, vacilante debido al peso de los años de vida que portaba a sus espaldas—. Si es que tu apariencia no es pista suficiente en sí misma de que eres una forastera.

Una arrugada mano repleta de manchas de melanina señaló la harapienta túnica que vestía, mientras yo bajaba la vista para clavarla en aquel dedo y volvía a alzarla hasta su rostro, que sondeé con seriedad.

—La catedral es famosa por toda Terenias. Cualquiera querría venir a admirarla con sus propios ojos.

—Sin duda. Y cada día acogemos cientos de peregrinos que vienen a consagrarse a Dios, cada uno azotado por sus pesares y más íntimos padecimientos. Pero tú no vienes para abrazar el recogimiento, ¿verdad?

Otros menesteres son los que te han traído tan lejos de tu pueblo.

Abrí la boca para contestar, pero el asombro no me dejó hilar frase alguna con sentido. De nuevo, la sensación de que aquel hombre lo sabía todo sobre mí se acrecentó, atravesándome con la certeza de estar asistiendo a un encuentro extraordinario. ¿O quizá fuese mi paranoia por estar allí por fin, después de tantos años, lo que me hacía ver fantasmas donde no los había?

—Vengo a alistarme —me escuché musitar, pálida y consternada, repentinamente mortificada por lo que aquel cura pudiese pensar—. En la Santa Inquisición.

Un profundo y sepulcral silencio cayó entre nosotros, mientras el hombre me escrutaba con una penetrante fijeza que ahora me resultó insoportable. Juraría que apenas permaneció callado más de veinte segundos, y aun así me pareció una eternidad. Me sentí bailar en el filo de la navaja, con mi destino en sus manos, y su cristalina mirada me intimidó profundamente mientras esperaba una respuesta por su parte.

—El derecho a ingresar en la Inquisición es un privilegio de la aristocracia —dijo él con calma, volviendo a escrutar mis ropajes—. Y no creo errar al suponer que tú no perteneces a ella.

—He hecho un largo camino para llegar hasta aquí —insistí, sin dejarme amedrentar—. Es mi deber ingresar en la Inquisición.

—Lamento decirte que tu viaje ha sido en balde —el cura no me escuchaba, su rostro proseguía igual de impenetrable que antes, inflexible en su convicción, ni un ápice conmovido por las malas noticias de que se sabía portador—. Tus convicciones son honorables, pero...

—Usted no lo entiende —le corté, dando un paso hacia él—. No puedo volver. Mi lugar está aquí.

Él dudó, pero finalmente negó con la cabeza y se giró hacia el portón, echando a andar hacia él.

—Puedes quedarte aquí el tiempo que quieras, pero al caer el ocaso cerraremos las puertas. Para entonces, espero que te hayas ido.

—Tengo algo —las palabras salieron de mis labios sin que me parase a pensar en ellas, mientras le seguía de cerca, con el corazón palpitando frenético contra mi pecho. Sentía mi pulso desbocado y la sangre concentrarse en mi cabeza mientras rebuscaba torpemente en mi macuto, sacando del mismo un pequeño objeto envuelto en un trapo viejo y ajado—. Un objeto. Me legitima para estar aquí, significa que... Que tengo

que... Quedarme aquí.

No supe explicar mejor el significado del medallón que el cura tenía ahora en sus manos. Lo había recogido con desconfianza, pero su rostro se había desfigurado en un gesto de trastornado asombro en cuanto retiró los pliegues sucios del trapo y descubrió el intrincado medallón de oro macizo que había portado conmigo como mi bien más valioso. Atraía su mirada como un foco de luz lo hubiese hecho con una polilla, como un faro lo haría con un barco a la deriva en el mar nocturno; lo miraba y en sus ojos vidriosos todo cuanto pude descubrir fue una fascinación profunda que le había conmocionado en lo más hondo de su ser.

—E-esto es... —las palabras se le atrancaron en la garganta, y yo sentí que mi corazón pegaba un vuelco.

Sus manos temblorosas acariciaron con extrema cautela el reverso del medallón, mientras yo le observaba con el miedo atenazándome las entrañas.

—¿De dónde lo has sacado? —susurró, levantando la vista por primera vez, dirigiéndome una turbada mirada que consiguió que me temblasen las rodillas.

—Hace diez años, en mi aldea... —me sinceré, incapaz de ocultarle la verdad a aquel hombre devoto, que ahora me atravesaba con una mirada que expresaba un cúmulo tan contradictorio de sentimientos que apenas se asemejaba al hombre de hacía unos instantes—. Un ángel me lo dio.

Sus manos se crisparon en torno el medallón y lo tapó enseguida, con gestos repentinamente agresivos. Miró a sendos lados y luego me asió por el codo, arrastrándome lejos del pasillo, sin detenerse hasta que cruzó una pequeña puerta arqueada de madera y nos alejó de la nave principal y todos los ojos y oídos que había congregados allí. Acabamos en un angosto pasillo tan gélido como las palabras que me siseó en esos momentos:

—Jamás vuelvas a decir nada así en público —me reprendió, y su voz tembló de emoción aquella vez, como también lo hicieron sus manos, que sostenían con fuerza el medallón envuelto en el trapo—. Te juzgarán por blasfemia y te colgarán.

—¿Pero me cree? —musité con voz tomada, incapaz de seguir navegando a la deriva, de no saber qué iba a pasar conmigo—. Créame, por favor. Es la verdad. Es todo cuanto tengo, y yo...

Enmudecí cuando él posó una mano sobre mi brazo, esbozando una

sonrisa entristecida.

—¿Cuál es tu nombre?

—Arcadia.

—¿Arcadia de...?

Dudé un par de instantes antes de responder.

—Sólo Arcadia.

Él asintió, sondeándome con la vista, el medallón todavía firmemente asido contra su pecho.

—Arcadia —repitió—. ¿Sabes lo que esto significa?

—No. Sólo sé lo que pasó aquel día. Desde entonces supe que acabaría aquí. No puedo irme —agregué, respirando profundamente—. Sé que durante años sólo la nobleza ha ingresado en la Inquisición, pero es sólo tradición. No es una condición excluyente. Yo también tengo derecho a iniciarme en el camino sagrado. El ángel lo profetizó.

El cura volvió a palidecer cuando escuchó aquella palabra, pero guardó silencio. Me observó largamente, durante tanto tiempo que me sentí desfallecer, hasta que finalmente bajó la mano y esbozó un apesadumbrado resuello. Acarició de nuevo aquel medallón antes de devolvérmelo, sacudiendo la cabeza como si una dolorosa idea le impidiese descansar ahora que había conocido la existencia de tal objeto. Pero la reliquia estaba de nuevo en mis manos, y la sola idea me imbuía de una paz que no sentía cuando estaba lejos de él. Se había convertido en mi piedra guía, el anclaje que siempre me devolvía al camino correcto cuando me desviaba del mismo. Había estado conmigo desde hacía diez años y sabía que si algún día lo perdía, me perdería también a mí misma.

—Preséntate en las dependencias de la Academia y di que monseñor Farlam te recomienda para tu ingreso. Cuando veas al comandante Valathan, muéstrale el medallón. Él será tu valedor.

Mi pulso se dislocó y abrí la boca para responder, pero él alzó un dedo y yo guardé silencio, atolondrada por la gravedad con que ahora me miraba, serio y frío como una estatua de hielo.

—No le hables de este medallón a nadie más, Arcadia. No confíes nadie. Si quieres seguir la senda de la rectitud, deberás acostumbrare a estar sola. Tu destino está sellado en el medallón, pero todavía no sabes lo que

significa.

Yo asentí, intimidada por la insistente mirada con que me escrutaba, incapaz de moverme ni para volver a guardar el medallón en el macuto.

—El comandante te estará esperando cuando llegues. Espero que resistas, muchacha —agregó, abriendo de nuevo la pequeña puerta—. Has escogido un camino duro y doloroso.

Quise agregar algo, pero las palabras no me salieron. Y todo cuanto pude denotar en mi camino hacia la Academia fue la mirada de Farlam quemándome la nuca, siguiendo mis pasos hasta que salí de la catedral y recibí la brisa fresca de la mañana con un suspiro angustiado. Aun envuelto en telas, el medallón me calcinó las palmas de las manos con el mero recuerdo de aquel día lejano, cuando desperté y lo encontré a mi lado, tirado entre la suciedad del suelo. Del ángel sólo había quedado la viva imagen de lo que había supuesto un sueño, pero el medallón era real y todavía albergaba el recuerdo de las quemaduras que me produjo su primer contacto en las palmas de las manos. El tiempo las había hecho cicatrizar y había templado su acero, pero aun quemaba ante el contacto prolongado. Desconocía su significado aun sabiendo que era el eje de mi vida, el centro de todo lo que yo hacía, pero ya no me importaba.

Sólo podía pensar en la Inquisición y mientras cruzaba con paso rápido la calle en dirección a la Academia, todo cuanto pude hacer fue rezar para que el hombre llamado Valathan comprendiese su importancia como lo había hecho Farlam.

CAPÍTULO 2

Observaba mortificada al comandante Valathan sentado frente a mí. Él me sondeaba con la vista, sin mover ni un solo músculo. El medallón reposaba en la límpida superficie de la mesa, donde me había hecho dejarlo una vez se lo hube mostrado. No lo había tocado, ni siquiera se había inclinado para observarlo en profundidad, pero yo había denotado de todos modos el cambio en su actitud. Tan sutil que apenas era perceptible, de no ser porque todos mis sentidos estaban puestos en él.

Era un hombre formidable, lo sabía a un nivel instintivo. Más allá de la inflexible seguridad que irradiaba por los cuatro costados, era capaz de entrever en su silencio una amenaza latente, que cualquiera que le enfrentase acabaría sufriendo. Y aunque el comandante era ya un hombre entrado en edad, como daban fe las arrugas en su rostro, yo era consciente de que no debía juzgarlo por aquello. Era la primera vez que le veía y, con todo, sentía que Valathan era el adalid de gestas incomparables. Un auténtico guerrero que conocía la devastadora verdad sobre la guerra y la muerte; el juez de mi destino, que ahora manipulaba entre sus manos mientras tomaba una decisión que podría significar el

todo o la nada para mí.

—Dado que Farlam te ha recomendado, tendrás la opción de probar tu valía y serás admitida en la Academia —su voz, poderosa como un trueno, quebró de súbito el silencio que había imperado hasta el momento entre nosotros, haciéndome estremecerme de pies a cabeza—. No obstante, debes saber que no puedo asegurar tu permanencia aquí. Los reclutas ingresan cuando cumplen los quince años y tú ya has perdido dos años de formación —Valathan calló, inclinándose hacia delante, evaluándome con una grave mirada que sostuve con toda la templanza que fui capaz de aunar—. Tendrás que esforzarte el doble que el resto de tus compañeros si quieres avanzar.

Aunque pronunció aquellas palabras con evidente escepticismo, yo no pude evitar temblar de emoción. Estaba asistiendo a mi admisión en la Academia y, aunque no fuese como yo había imaginado, no podía dejar de sentir que estaba avanzando en el camino. Después de tanto tiempo en la casilla de salida, aquella era una noticia tan excepcional que mi pulso se aceleró perceptiblemente, mientras me removía ante su prolongado escrutinio.

—No obstante —terció Valathan, bajando la vista hacia el medallón brevemente, antes de volver a posarla en mí—. Estarás en período de prueba hasta que afrontes los exámenes dentro de seis meses, con el comienzo del nuevo año. El medallón permanecerá con nosotros hasta entonces.

Sentí que el mundo se abría a mis pies y mi alegría fue barrida por una oleada del más profundo horror.

—¿El medallón? Pero...

Valathan entornó los ojos, levantando una mano para hacerme callar.

—No tienes familia, no tienes nadie que te avale más que monseñor Farlam. Ahora mismo no eres más que una plebeya que ha llegado hasta la capital con un tesoro de incalculable valor en su haber. Lo único que eso me dice es que, o bien lo has robado, o bien es falso, o bien ha llegado a ti por alguna razón que todavía debe ser dilucidada. En cualquier caso, la verdad será desvelada y cuando eso ocurra, tu futuro en la Inquisición será decidido.

Sabía que no podía rebatirle nada. También sabía que, a sus ojos, y ante los ojos de cualquiera, yo no era más que una pobre y mísera ladrona. No era la primera vez que ponían en duda mi honor y sabía que no sería la última, pero por alguna razón el hecho de que aquel hombre dudase de mí me hirió más profundamente que todos los insultos y ofensas que había recabado a lo largo de mi viaje. Tenía diecisiete años, pero era muy

consciente de la hostil naturaleza del mundo que me rodeaba; del odio, la inquina y la maldad que se esparcía por doquier tratando de matar los últimos vestigios de inocencia en los humanos. Sin embargo, mi mayor fallo había sido suponer, cegada por mi admiración, que la Inquisición jamás pondría en duda la autenticidad del medallón. Me había dejado llevar por el sentimentalismo y había imaginado tantas veces mi ingreso en la misma, siendo abrazada por sus centinelas, por los guerreros que tanto me fascinaban, que jamás imaginé, o no quise hacerlo, que pudiesen cuestionar la verdad que el medallón encarnaba.

Me sentí tentada de responderle, pero entonces recordé las palabras de Farlam y cerré la boca, atolondrada. ¿De qué me hubiese servido hablarle del ángel a aquel hombre que tanto dudaba de mí? Sabía que, dijera lo que dijese, sólo podría ponerlo aún más en mi contra. Y que, a pesar de sus reticencias, debía estarle agradecida por darme la oportunidad de permanecer en la Academia aun siendo una plebeya.

Así que asentí con la cabeza, en mortificado silencio. Sentí que su atención en mí se redoblaba.

—Se te asignará un supervisor durante estos meses de prueba para que nos informe de tus avances. Aprovechalo para mejorar lo suficiente como para aprobar tus exámenes —añadió—. Retírate ahora. Los guardias te acompañarán a tus aposentos.

Me despachó con un gesto de mano, y yo acompañé a los dos bien armados inquisidores apostados en el pasillo enmudecida, todavía con mi atención puesta en el medallón. De alguna extraña manera, denoté su ausencia como un golpe físico que me atenazó las entrañas, arrebatándome el aliento y empeorando mi ánimo.

Mi angustia desapareció cuando me encontré frente el patio empedrado en que los reclutas estaban entrenando. Cuando el entrecrocarse del acero de sus armas acuchilló mis oídos y me erizó el vello, agarrada fuertemente a la barandilla de piedra del piso superior. Me habían enseñado las dependencias de la Academia y habían dejado sola después de explicarme escuetamente las reglas principales de aquel lugar, pero lo cierto es que no recordaba gran cosa de las mismas. Había quedado completamente cautivada por la magnificencia de aquel lugar, maravillándome incluso de la austeridad que palpaba en cada nuevo rincón que descubría a mi paso. Sus pasillos eran fríos y sobrios, pero a mí me imbuían de una calma que jamás antes había sentido. Ahora tenía la seguridad de estar en el lugar correcto, aunque todavía no perteneciese al mismo.

—¿Te has perdido?

La voz a mis espaldas me sorprendió tanto que pegué un brinco, girando sobre mis talones para encarar a mi interlocutor. Me topé con un joven alto, de piel tostada por el sol y penetrantes ojos verdes que me observaba con una ceja enarcada, cruzado de brazos y apoyado contra el arco de piedra que coronaba los pasillos superiores en torno al patio. Vestía el uniforme blanco de los reclutas, con el símbolo de la Inquisición en su pechera bordado en hilo dorado, pero algo en él, quizá su actitud, quizá la evidente ligereza con que lo llevaba, indicaba de todo menos la sobriedad y la disciplina que se esperaba de cualquier recluta.

—¿Cómo dices?

—Que si te has perdido —repitió él, ladeando la cabeza sin dejar de observarme. Había esbozado una sonrisa pendenciera y descubrí a través de sus mechones de zaíno pelo negro un pendiente en su oreja derecha: una argolla de la que pendían tres rectángulos de plata, tan largos que casi rozaban su hombro—. Ya sería raro que una plebeya se haya podido colar en la Academia sin que nadie se dé cuenta, pero quién sabe. Siempre tiene que haber una primera vez para todo.

Sentí que mi sangre se encendía al denotar la profunda sorna encerrada en sus palabras. Mis nudillos se cerraron en puños mientras le lanzaba una mirada hostil y terminaba de girarme hacia él para encararle.

—No me he perdido. Soy una recluta.

Él pestañeó y se quedó mirándome, como si estuviese decidiendo si tomarme en serio o no. Luego, para mi más completo asombro, prorrumpió en una insultante carcajada seca.

—Sí, claro —alzó una mano repleta de anillos y me señaló de arriba a abajo—. Tú. Una recluta. Ya puestos podrías hacerte pasar por el Supremo Inquisidor.

—Es cierto —gruñí, cada vez más irritada. No podía despegar la mirada de él mientras el eco de su risa taladraba mis oídos y encendía mi sangre de una rabia cada vez mayor—. Acabo de alistarme. Mañana empiezo mi formación.

Él proseguía sonriendo.

—¿Es que no sabes que la plebe no puede entrar aquí? Podrían colgarte o mandarte fuera de la capital a hacerte trabajos forzados —se llevó una mano al mentón, pensativo, entornando los ojos como si estuviese pensando en los cientos de horribles finales que los criminales encontraban bajo las rígidas normas de la Inquisición—. También podrían

dejarte ciega, por haber visto más de lo que deberías. Supongo que depende del estado de ánimo del juez que te toque.

Tensé los labios, tratando de templar mis ánimos. Sabía que sólo quería intimidarme y no pensaba permitirselo.

—Una vez un grupo de rebeldes consiguió colarse en el cuartel —prosiguió, con una afable sonrisa en el rostro—. Creo que querían llamar la atención del Concilio para que atendiesen a sus propuestas. ¿Sabes lo que pasó? —su sonrisa se ensanchó mientras daba un paso hacia mí, guardándose las manos en los bolsillos—. Los crucificaron en la plaza del mercado. Y los dejaron morir allí. Desde entonces no hemos tenido ningún otro intruso. Hasta ahora, claro. Me preguntó si harían lo mismo contigo.

Me guiñó un ojo y yo alcé el rostro para lanzarle una mirada fulminante. Abrí la boca para replicar, pero una segunda voz a nuestro lado se elevó entonces entre nosotros, directa e inflexible como el acero de una espada.

—Anwar. El comandante Valathan preguntaba por ti —el inquisidor cuadró hombros frente al chico, mientras éste volvía a apartarse de mí—. Tiene una nueva tarea para ti. Aunque al parecer ya la has conocido —giró el rostro para dirigirme una mirada de reconocimiento y yo sentí una repentina gelidez aterirme las entrañas.

—¿Otra más? —espetó él.

—Tú debes de ser Arcadia —saludó el hombre, asintiendo mientras me escrutaba con brevedad—. Es una suerte que estéis juntos, así me facilitáis el trabajo. Anwar, esta es la nuestra nueva recluta —el joven me miraba ahora con su rostro privado de cualquier rastro de burla, con una fijeza que empezaba a enervarme—. Ha sido admitida hoy mismo por el comandante. Me envía para informarte de que tú serás el encargado de supervisarla.

—¿Qué? —exclamó con violencia—. Será una broma.

—¿Te crees que Valathan te iba a dejar irte de rositas? Tu castigo sigue en pie. Y lo estará durante los próximos seis meses. La chica tiene que ponerse al día y más te vale aplicarte para volver a ganarte el favor del comandante. Has hecho auténticos avances para ponerle en tu contra así que vas a tener que convencerle de que le merece la pena tenerte bajo su mando.

—¡Pero esto! —se había girado hacia él pero me señalaba en un gesto que me resultó enormemente insultante, si es que todavía podía recibir mayor desprecio de su parte—. ¡Hay decenas de instructores que podría escoger y tengo que ser yo! No pienso perder el tiempo con una don nadie

—sentenció, encogiéndose de hombros—. No lo haré.

—Lo harás —replicó el inquisidor con cuidadosa lentitud, enfatizando cada sílaba mientras le dirigía una larga y advisoria mirada—. Te guste o no. Así que no actúes como si tuvieses opción.

Anwar le sostuvo la mirada y me pareció que estuvo a punto de decir algo, pero logró contenerse y se apartó de él, chasqueando los labios con fastidio. Volví a recibir otra mirada de su parte, cargada de una inquina inabarcable, que me dejó clavada en el sitio el par de segundos que le llevó dar media vuelta y echar a andar por el pasillo.

—Ya veremos —le escuché sisear, mientras observaba su esbelta figura alejarse.

El inquisidor siguió también su estela hasta que éste se perdió por una de las puertas y luego se giró hacia mí, esbozando una sonrisa comedida.

—Harías bien en asearte y cambiar tus prendas —aconsejó—. Así evitarás encuentros como éste. Si necesitas algo, pregunta por Lisan. Te ayudaré en lo que pueda hasta que te adaptes a este lugar.

—Gracias —fue todo cuanto pude decir, pero él ya se alejaba en dirección contraria y yo volvía a quedarme sola, en medio del pasillo. No daba crédito a lo que acababa de pasar y, aún así, en el fondo de mi ser sabía que aquello sólo sería el principio de lo que tendría que aguantar de ahora en adelante.

Silentemente lo acepté. Hubiese atravesado el mismo infierno si con eso lograba mi objetivo, aunque me costase sangre y sudor. Aquel chico podría complicarme las cosas, pero no me haría perder de vista mi objetivo. Sólo necesitaba tiempo, y precisamente tiempo era cuanto tenía en ese momento.

CAPÍTULO 3

No podía dejar de mirar el reflejo que me devolvía el espejo. Allí parada, en medio de mi habitación, había pasado los últimos cinco minutos observando atontada mi figura vestida con los atuendos de la Inquisición, dejando que mis dedos delineasen el trazado del cinto de cuero ceñido a mis caderas que todavía estaba desprovisto de arma. Mi túnica y las viejas prendas que hacía años usaba habían quedado olvidadas en el fondo del baúl a los pies de la cama, mientras giraba sobre mis talones una, y otra, y otra vez hasta ser capaz de memorizar hasta el detalle más nimio de aquella nueva apariencia.

Era yo pero no me reconocía. Las prendas me daban una nueva identidad con la que había soñado hasta la extenuación, pero lejos de

enorgullecerme me sentía asustada. No podía evitar pensar que la persona que me devolvía la mirada no era yo, que no era más que una impostora. Era irónico que jamás hubiese dudado de mí hasta aquel momento, pero ahora que tenía la posibilidad tangible y real de cambiar la deriva de mi vida, de repente me sentía avasallada por aquella elección. Aún era incapaz de comprender que la libertad es aterradora cuando de verdad tienes el control sobre ella.

Sabía dónde tenía que acudir pero no qué era lo que me encontraría. El día anterior los guardias me habían explicado que la Academia funcionaba impartiendo las lecciones teóricas por la mañana, mientras que toda la tarde y parte de la noche se dedicaba a la lucha cuerpo a cuerpo y técnicas de combate. De qué modo se enseñaba a los reclutas era algo que desconocía, pero mi turbación se incrementó cuando me encontré rodeada de chicos más jóvenes que yo, a los que observé en silencio, sentada en el último banco del aula, con las manos recogidas sobre el regazo y una desmedida tensión embargando cada ápice de mi cuerpo.

Pasé desapercibida mientras los alumnos iban llegando, pero cuando la clase estuvo completa, sentí que comenzaban los rumores. Vi cómo las cabezas se giraban hacia mí y me dirigían largas y penetrantes miradas, algunas burlonas, otras confusas y otras pensativas. El silencio embargaba toda la estancia y sin embargo yo era perfectamente capaz de saber qué era lo que estaba pasando por sus mentes. Identificaba las sensaciones que leía sobre sus rostros como si de libros abiertos se tratasen, con sus pensamientos impresos sobre sus páginas. Se preguntaban cómo yo, una forastera de tan baja ralea, había llegado hasta allí. Cómo alguien no perteneciente a su noble cuna iba a compartir espacio con ellos en la honorable tarea de convertirse en inquisidores.

Allí había al menos cincuenta personas, y traté de calcular cuántos de ellos se convertirían en ejecutores. Cuántos abandonarían Yseria para perseguir la herejía fuera de sus altas murallas, enfrentando la oscuridad misma con la sola ayuda de sus espadas. Mi conocimiento sobre la Inquisición era tan pobre que ni siquiera conocía todas las ramas en que la misma se dividía, pero los ejecutores eran famosos por toda Terenias. Sus capas carmesíes ondeaban en la lejanía y se decía de ellos que eran tan temibles como los Siete Tiranos que reinaban en el infierno. Sólo había alguien capaz de plantar cara al mismo diablo, y por eso yo siempre había querido convertirme en una de ellos.

Nuestra mentora era una mujer temible, que me encontré observando fascinada. Su rostro conservaba una belleza irreal, deformada no obstante por una profunda e irregular cicatriz que hendía su mejilla y parte de su labio en una terrible reminiscencia del dolor padecido. Los fríos ojos con que nos observaba resultaban duros como el acero, y llevaba el cabello tan corto que ni siquiera rozaba las hombreras de su armadura. Se había colocado en medio del estrado, mientras nos observaba en un silencio

sepulcral a la espera de que todos le prestásemos atención. En el momento en que me miró, no pude evitar erguirme como un palo sobre mi banco, con la garganta repentinamente seca por aquel virulento escrutinio.

—Doy por supuesto que todos habéis hecho la tarea que os encargué —dijo con voz inflexible—. Tenéis las instrucciones en vuestro manual, por lo cual comenzaremos con la parte práctica. Hoy aprenderéis a conjurar el fuego sagrado —esbozó una mueca con el labio, un mohín de desagrado al que atendí consternada—. Ya es hora de que dejéis de perder el tiempo leyendo páginas y paséis a la acción.

Un murmullo emocionado se levantó por toda la sala, pero yo sentí que los nervios se me crispaban. Miré a sendos lados y comprobé que todos habían depositado el mismo pesado libro frente a ellos, con el reluciente lomo rubricado con el siguiente título:

“Canon Sagrado vol. I”

Tragué saliva y clavé la vista en la límpida superficie de madera barnizada frente a mí, sintiendo cómo mi mente trabajaba a toda velocidad buscando una solución. Había sabido que me costaría mucho más que al resto iniciarme en aquel camino, pero me había sobrestimado a mí misma al dar por hecho que no sería para tanto. Ahora estaba a punto de fracasar estrepitosamente en mi primer contacto con aquel mundo, y sentí que la ansiedad formaba un nudo en mi garganta.

Un carraspeo a mi lado me hizo volver en mí, girando el rostro hacia la derecha. Me topé con una chica un par de años más joven que yo, que me observaba con una sonrisa de disculpa. Su rostro repleto de rojizas pecas captó mi atención mientras yo le dirigía una mirada atribulada.

—Vaya, estás muy pálida —comentó, ensanchando su sonrisa mientras daba un par de toquitos a su libro—. ¿Es por esto? No pasa nada. Angélica siempre va por orden, así que nos tocará las últimas. Has hecho bien en sentarte al final, así te da tiempo a leer algo.

Empujó el pesado tomo hacia mí y yo sentí un vertiginoso alivio aligerar el miedo que había atenazado mis entrañas.

—Gracias —murmuré con un hilo de voz, aceptando el tomo, que abrí con suavidad, lanzándole una mirada furtiva a aquella joven antes de volver a clavar la vista en aquellas páginas.

—Está en el capítulo seis, epígrafe ocho —indicó ella, pasando las páginas hábilmente hasta que dio con la correcta—. Ahí. Consagración sagrada. Uno de los conjuros más efectivos contra los demonios, según dicen los

mayores —sonrió.

No respondí, porque estaba ocupada observando las palabras plasmadas sobre la página, con tanto cuidado y delicadeza que no pude evitar pasar un dedo sobre ellas. La lectura me atrapó tanto que por un momento olvidé dónde estaba, mientras escrutaba fascinada aquel saber milenario.

—Es absurdo por mi parte preguntarte esto, pero tú eres la nueva, ¿verdad?

—Sí —musité atolondrada, sin despegar la vista del libro—. Llegué ayer.

—Se nota —dijo ella, y yo alcé la vista repentinamente alarmada. Pero al toparme con la gentileza en sus ojos me relajé enseguida—. Yo me llamo Zana.

—Arcadia.

—¿De dónde vienes?

—Del norte —aclaré, pasando con suavidad la página para proseguir leyendo—. Esto es...

—Un lío —adivinó Zana, esbozando una amplia sonrisa—. No te preocupes, es normal que ahora te sientas superada. Pero todo lo que tienes que hacer es concentrarte y visualizar el fuego en tu cabeza. La magia vendrá a ti si tus creencias son fuertes.

—Nunca he hecho nada así —susurré en voz baja, hablándole en confidencia—. No sé cómo... Qué debería...

—¿Nunca has conjurado la magia sagrada? —exclamó ella, aunque bajó el tono enseguida, cuando sintió la gélida mirada de Angélica sobre nosotras—. Perdona. Es sólo que me sorprende tanto... No te lo tomes a mal, es que jamás antes hemos tenido una situación así. Al menos que yo sepa, claro.

Yo tensé los labios, sacudiendo la cabeza.

—Está bien, yo tengo fe en ti. Si no tuvieses el don, no te habrían admitido en primer lugar —me guiñó un ojo—. Saben percibirlo mejor que nadie.

Pensé en Valathan y Farlam, ambos observándome atentamente, y me sentí algo más tranquilizada. Zana me transmitía cercanía y confianza, pero no podía dejarme llevar por la soledad que atenazaba mi corazón. No podía sincerarme y explicarle lo que había pasado diez años atrás. La tragedia que había precedido la visita del ángel y la imagen, borrosa y

diluida por el paso del tiempo, que albergaba de mí misma rodeada de aquella explosión de fuego helado. Cuando el recuerdo salió a colación, yo sentí un escalofrío recorrer mi espina dorsal y agarré con fuerza las páginas del libro. Me dije a mí misma que nadie nunca, jamás, se enteraría de la verdad. O estaría condenada al mismísimo infierno.

Alcé la vista y la fijé en el chico que estaba ahora de pie en el estrado, con los ojos cerrados y las manos juntas frente su pecho. Angélica le observaba con severidad a su lado y el resto de la clase estaba expectante. La atmósfera se había enrarecido y sentí la electricidad estática congregarse a mi alrededor un segundo antes de que una palpitación chocase contra nosotros y el calor del fuego que comenzó a emanar de sus manos nos hiciese suspirar con admiración. El alumno abrió las manos y colocó las palmas hacia arriba, mostrando así ante toda el aula las llamas de dorado fuego anaranjado que se extendían hacia el techo. Con lentitud, Angélica se acercó y escrutó de cerca aquel fuego mágico, sin esbozar ni un solo sonido mientras tanto. El chico no la miró, sino que se mantuvo muy quieto, con los ojos aún cerrados en un gesto que denotaba la profunda concentración que le embargaba. Su ceño fruncido y la tensión que denotaba en todo su cuerpo me indicaron que su esfuerzo no era menor, y me pregunté si sería doloroso.

—No está mal —declaró Angélica en ese momento, arrancándole una sonrisa aliviada al chico, que resolló al abrir los ojos y extinguir nuevamente el fuego—. Aún debes mejorar, pero para ser la primera vez has superado mis expectativas. Puedes tomar asiento.

El chico asintió fervorosamente, con una amplia sonrisa en el rostro, corriendo hacia su asiento donde recibió las congratulaciones de sus compañeros.

—Eso es un auténtico halago viniendo de ella —me confirmó Zana, que tenía el rostro enterrado entre las manos mientras ambas observábamos al resto de alumnos desfilar y conjurar, uno a uno, el fuego sagrado—. Angélica no es una mujer que suela deshacerse en buenas palabras, como ya habrás supuesto.

—¿También es la primera vez para vosotros?

—En este ámbito, sí. Hemos conjurado otros hechizos antes, pero no eran ofensivos —se echó hacia atrás y se llevó una mano al mentón, pensativa—. De hecho, en los meses que llevo aquí todo cuanto habíamos hecho era memorizar conjuros defensivos y de protección. Supongo que dejan lo mejor para el final. Has llegado en un buen momento —bromeó.

—Me lleváis mucha ventaja —me sinceré—. Aunque pudiese llevar a cabo

este conjuro, necesito tiempo para ponerme al día.

—Yo te ayudaré en lo que pueda. Aún no sabes qué compañera de habitación te ha tocado, ¿no?

Sacudí la cabeza.

—Tengo una habitación temporal hasta que organicen el papeleo, eso dijeron ayer los guardias.

—Pues espero que no tarden mucho. Pero ya sabes lo que dicen de la burocracia —rodó los ojos en un gesto de hastío.

Yo sonreí, y, al hacerlo, me di cuenta de cuánto tiempo había pasado sin sentirme a gusto con nadie. Por un instante pensé en el chico del día anterior, cuyo recuerdo atravesó como un rayo la tranquilidad de mi mente, y mi alegría se volvió a desvanecer de un plumazo.

—Siguiendo —la voz de Angélica se alzó de nuevo y cuando vi que el chico de mi izquierda volvía a tomar asiento, supe que había llegado el momento. Mortificada, le devolví el libro a Zana, que asintió con la cabeza para infundirme ánimos, y eché a andar hacia el estrado con paso lento y atolondrado.

Al girarme hacia el aula, la imagen que encontré crispó mis nervios hasta tal punto que por un momento fui incapaz de reaccionar. Mi rostro quedó desprovisto de emoción pero, al girarme hacia Angélica y recibir aquella brutal mirada helada, todo cuanto sentí fue la derrota. El fracaso que sabía que iba a granjearme aquel día y las burlas de todo el que me estaba observando. La pelirroja cabeza de Zana en la parte trasera del aula fue el único elemento de confianza que hallé en ese escenario hostil, y a ella me aferré cuando, respirando profundamente, junté las manos como había visto hacer al resto y cerré los ojos.

Mi respiración fue todo cuanto escuché en esos instantes que se convirtieron en una eternidad. El silencio penetró por mis oídos y se asentó en mi mente alejándome de la realidad y trasladándome a los más recónditos escondrijos de mi mente, allí donde las tinieblas reinaban y ocultaban la verdad que hendía mi corazón, tras la fiera vorágine de emociones que me dominaba en esos momentos. Traté de tranquilizarme, buscando un recuerdo que me permitiese retomar el control de mi mente. Una vez más, transformé el presente en el pasado y me hallé a mí misma transitando los caminos prohibidos del crudo recuerdo de aquel día trágico y virulento.

La sangre tiñó de escarlata la penumbra reinante y sentí en mi piel cada incisión practicada, cada corte, golpe y magulladura con un dolor lacerante e insoportable. De pie frente a la clase, respiré entrecortadamente

cuando las quemaduras de las palmas de mis manos se encendieron con una incandescencia que no había conocido hasta el momento. Sentí que las ascuas de aquel fuego maldito prendían en mi sangre, calentándola, haciéndola hervir con el poder que sólo una vez antes, hacía mucho tiempo, había sentido controlar cada ápice de mi ser.

Abandoné toda consciencia y me catapulté a la nada cuando la silueta en llamas del ángel volvió a aparecer en mi mente. No supe si era recuerdo o realidad cuando la perseguí, necesitada, urgida de poner fin a aquel tormento imperecedero. Escuché los gritos, sentí las lágrimas rodar por mis mejillas y la pérdida horadar mi pecho pero en esa ocasión la criatura no estuvo allí para consolarme y me dejó a solas con el diabólico recuerdo de la muerte. En la clase volví a jadear, mi rostro se contrajo en un gesto de agonía y de mis manos estalló una explosión de un fuego níveo y ardiente, de un blanco impoluto que se propagó hasta el techo en llamaradas descontroladas. Exclamaciones ahogadas se extendieron desde las primeras banquetas hacia el resto de aula cuando los alumnos frente a mí quedaron cegados por aquella explosión desenfrenada, y Angélica abrió los ojos desmesuradamente, quebrando su imperturbable expresión en un gesto de asombro que yo, sin embargo, no pude ver.

Como no pude ver ninguna otra cosa más que la figura que continuaba alejándose en mi mente, cuya estela yo perseguía corriendo con torpeza, alargada la mano hacia ella sin éxito alguno. Me pareció que la criatura se detenía en la lejanía, que se giraba hacia mí y alzaba su mano en mi dirección, pero no pude vislumbrar su rostro envuelto en llamas. Sólo sentí que un par de ojos de un sangriento tono escarlata me atravesaban el alma y desnudaban mi mente por completo, poniendo al descubierto todos mis secretos más celosamente guardados. Y el impacto fue tal que me detuve en seco, cayendo al negro vacío, cuyo abismo sin fin me tragó para siempre una vez más.

Angélica fue lo primero que vi cuando abrí los ojos, respirando entrecortadamente, clavada de rodillas contra el suelo. El más lapidario silencio se extendía por el aula mientras ella me escrutaba con fijeza y yo pestañeaba, confusa y aturdida, sin comprender nada de lo que había pasado.

—La clase ha finalizado por hoy —la escuché hablar, erguida frente a mí, dando un paso atrás sin quitarme ojo de encima.

Al levantarme, me di cuenta de que había caído contra su escritorio, tirando el pesado manual al suelo y haciendo caer el atril que había a un lado del estrado. Angélica sacudía la cabeza, con una de sus manos desprovista ahora de guantelete. Sólo pude verlo durante una fracción de segundo, pero me pareció divisar una quemadura en el dorso de su mano

antes de que volviera a colocárselo.

—Valathan me avisó de tu inexperiencia, pero hay un límite entre el desconocimiento y la irresponsabilidad. Has puesto en peligro a mis alumnos en esta ocasión, y no consentiré que vuelva a ocurrir —me siseó, con el pétreo rostro contrito en un gesto de ira que me aterró, haciéndome enmudecer—. Aprende a controlar tu magia, recluta, o jamás serás una inquisidora. Si sigues dejándote llevar por tus sentimientos, yo misma me ocuparé de que jamás vuelvas a poner un pie en la Academia.

Con esas palabras me dejó allí, confusa y aterida por un repentino frío que combatió el calor que aún persistía en las palmas de mis manos. Vi que Angélica recogía su espada y echaba a andar hacia la salida, dejándome a solas mientras yo me levantaba con dificultad. Busqué a Zana con la mirada, pero también ella se había ido y ahora yo estaba sola, en mitad de aquel aula, sin ninguna idea de lo que había pasado y lo que había hecho mal.

El dolor se acrecentó entonces en mi pecho, donde presionó con brusquedad, mientras yo me levantaba y me arrastraba hacia la salida, mareada y dolorida por el caos que no hacía más que intensificarse en mi cabeza.

Y el recuerdo de aquellos ojos escarlatas persistió en mi mente, grabado a fuego en la misma, sin que yo supiese dilucidar lo que significaba.